

AVONTO, Luigi. 2001. *En los mares del Nuevo Mundo. Viajes, naufragios y utopías de marineros del Quinientos*. Mérida: Universidad de los Andes. Facultad de Humanidades y Educación. Por Fulvio Scarcia.

Publicado bajo el auspicio del Istituto Italiano di Cultura en Venezuela y la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de los Andes, este libro tiene una importancia historiográfica relevante ya que trata sobre los llamados “viajes menores” o “viajes andaluces” que tuvieron lugar entre 1499 y 1500 bajo el mando de Alonso de Ojeda, Vicente Yáñez Pinzón, Diego de Lepe y Cristóbal Guerra. Auspiciados por la corona, el propósito de estos viajes fue disminuir el poder otorgado a Cristóbal Colón en las Capitulaciones de Santa Fe (1492) y conceder a particulares algún tipo de participación en el negocio del descubrimiento, estableciendo un sistema de contratos donde la corona autorizaba a comerciar y descubrir a cambio de que la parte privada con la que se firmaba se hiciera cargo de los gastos de las expediciones. La relevancia de estos viajes “menores” ha sido dejada en un segundo plano como materia de estudio frente a los viajes de Cristóbal Colón.

A través de este texto, Avonto demuestra la activa y significativa participación del conocido explorador italiano Amerigo Vesputio, en la exploración de las costa norte-oriental del territorio de Venezuela, como lo recogió el cartógrafo Juan de la Cosa, en el Mapamundi del año 1500, así como la relación entre Alonso de Ojeda y Amerigo Vesputio en el primer viaje de este último en 1499.

En su intento por puntualizar el protagonismo del navegante florentino en las exploraciones del Nuevo Mundo y de Venezuela en particular, sin la intervención de Alonso de Ojeda, señala Avonto:

El papel de Vesputio en el cuadro de la exploración marítima de los países ibéricos ha sido muchas veces oscurecido por dudas y polémicas a menudo gratuitas [...] hoy sin embargo los más serios estudiosos de la moderna crítica histórica permiten finalmente apreciar de manera más justa y objetiva la figura y la obra de este célebre personaje, tan íntimamente ligado a la fase inicial del descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo y de Venezuela en particular...

El ensayo está dividido en dos partes: en la primera trata la vida y obra de Vesputio, su entorno familiar, sus actividades comerciales, su preparación astronómica, su relación con Cristóbal Colón y su participación en los viajes de exploración, al servicio de Castilla en 1499 y 1500 y de Portugal en 1501 y 1502. En la segunda parte especifica la participación de Vesputio en el primer viaje de Alonso de Ojeda y la significación de ello para la historia de Venezuela. Señala este autor que Vesputio, si bien viajó en compañía de Alonso de Ojeda, al llegar a América efectuó exploraciones por cuenta propia, todo dentro de los parámetros establecidos por el contrato de navegación, común en la época para esos viajes al Nuevo Mundo. Basada en fuentes documentales poco utilizadas o conocidas, este texto es una contribución importante al conocimiento del viaje de exploración, que insertó al nombre de Venezuela en el contexto historiográfico mundial.

Luigi Avonto, es doctor en Lenguas y Literaturas Extranjeras (1969) y doctor en Letras (1972), de la universidad de Milano. Posee una amplia trayectoria en el campo de la investigación histórica, es colaborador de varias instituciones académicas y partícipe del proyecto "Latin American Literary History Project" de la Universidad de Toronto (Canadá); académico extranjero de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela y autor de más 80 obras relativas a los descubrimientos geográficos y a la historia de la expansión europea en América, entre los que podemos señalar *Operación Nuevo Mundo. Amerigo Vesputti y el enigma de America* (1999), *Los primeros italianos en Venezuela, 1498-1550* (2001).

Este texto presenta un lenguaje ameno, que induce a la lectura; también su estructura es simple, bien estructurado, sin abuso de términos especializados y con una redacción, que si de entrada, puede parecer poco ortodoxa (metodológicamente) presenta una coherencia global y logra que cualquier lector, aun el no especializado, se pueda sentir atraído por el tema del texto y se sienta inducido a su lectura. A veces el estilo de redacción es algo dramático y con aire de suspenso, por ejemplo en el pasaje, "¿Qué puede significar esto? A mi modesto juicio..."<sup>1</sup>.

Con una serie de datos históricos repartidos a través de todo el libro, bien como redacción propia, ("Siguiendo su camino siempre en dirección sureste las dos naves alcanzaron la desembocadura de dos ríos muy

---

1 AVONTO, 2001, p. 55

grandes”)<sup>2</sup> o como cita directa de las fuentes, (Cartas de Viaje de Vespucci: “...uno venia de poniente y corria hacia levante y tenía cuatro leguas de anchura...”)<sup>3</sup>, todos en su conjunto le otorgan lucidez al relato histórico. En su redacción son utilizados de forma pertinente para establecer ideas, transmitir las y relacionarlas armónicamente entre sí dando a la estructura general un equilibrio impecable. Consideramos que Avonto logra unir los datos historiográficos originales (fuentes reales) con los datos aportados por otros autores con una redacción propia que los logra moldear en un texto de estructura lógica para su lectura. La originalidad en el texto está en el trato que da a los sucesos de los años de 1499 y 1500 en referencia al descubrimiento de nuevas tierras. Allí, por ejemplo, nos presenta una serie de datos poco conocidos (conflictos casi personales entre Alonso de Ojeda y Amerigo Vespucci), aún por muchos historiadores o ignorados totalmente en algunos casos.

Adicionalmente, la globalidad del texto nos da una visión, no sólo de hechos históricos que sucedieron en una fecha determinada en la historia, sino que además logra transmitirnos bastante certeramente la forma de pensar (mentalidad) de las personas que vivieron esa época y los hechos que se nos narran. Podemos considerar por la lectura del texto y la revisión de la bibliografía que el autor usa para la mayor parte de los puntos, que se valió principalmente de documentos del Archivo General de Indias o de fuentes secundarias que se documentaron en el mismo archivo. En cuanto a lo anterior debemos decir que hasta donde pudimos conocer, los datos utilizados por el autor provienen de fuentes reales, sin intervención o manipulación de los mismos. Cabe señalar que se mantiene en todo momento la rigurosidad de los conceptos del texto y las posibles fallas no son transcendentales para las ideas expresadas por el autor ya que no se tergiversa el contenido del tratado, ni el sentido general del texto.

Si bien Luigi Avonto trata varios temas de importancia histórica y utiliza todos los recursos historiográficos necesarios para que el texto pueda pasar una revisión crítica, la presentación que utiliza no es la comúnmente aceptada, (Hipótesis, Ideas que sustentan la hipótesis, Conclusiones que confirman la hipótesis) Sin embargo, académicamente es un texto que aporta numerosas perspectivas nuevas al tema del reconocimiento del

---

2 AVONTO, 2001, p. 72

3 AVONTO, 2001, p. 72

territorio de Venezuela de finales del siglo XV y si bien la forma global del tratamiento de los capítulos no es la más ortodoxa, cada párrafo e idea sí está debidamente sustentada, (con pocas excepciones) bien con las ideas propias del autor por sus investigaciones o bien mediante la cita de fuentes directas. Es un texto de agradable lectura para todo aquel interesado en conocer el mundo de los navegantes del lejano siglo XVI americano y, especialmente de lo que sería Venezuela.

CABALLERO, Manuel. 2000. *La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la democracia venezolana*. Madrid: Los libros de la Catarata. Por Gloria Trujillo

El libro de Caballero *La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la democracia venezolana*, como lo describe el propio autor en el último párrafo de la introducción, no es otra cosa que reiterar o hacerse eco de una “advertencia” que él mismo ha venido haciendo en los últimos años a través de diversos libros, ensayos y artículos acerca de hacia donde íbamos políticamente.

Sirve la introducción de este libro para que el escritor haga una serie de reflexiones acerca del significado del término democracia, pero no desde el punto de vista como tradicionalmente se ha definido democracia, sino partiendo de una nueva connotación semántica adaptada, no sólo a nuestra realidad como nación, sino a una idiosincrasia influida por “todo hábito mental y un género de vida”; asimismo, por la percepción que cada ciudadano tiene de lo que son sus derechos en esa democracia.

Sin embargo, a lo largo del período conocido como puntofijismo, el país ha enfrentado formas diversas de impulsar el llamado “proyecto nacional democrático” y esas formas, algunas buenas y otras malas, son en las que se basa Caballero para realizar el análisis de esos 40 años de “luces y sombras” y que han provocado cambios inminentes para la no aceptación de un sistema decadente, no por serlo en si mismo, sino por la necesidad de reconocer en el momento oportuno la caducidad de ese proyecto nacional.

El autor estructura su obra en dos tiempos de veinte años cada uno. Un primer tiempo: “El ascenso” (1958-1978) constituido por cinco capítulos cuyos títulos caracterizan e identifican a un período de gobierno o al gobernante; un segundo tiempo de cuatro capítulos titulado “La caída”,

que va de 1978 a 1998. Se observa que están en función de un conjunto temático y no de períodos como tal, esto con la finalidad de establecer el auge y ascenso de ese proyecto democrático, y cómo la aplicación de ciertas políticas contribuyeron al “ascenso” durante el período 1958, con el gobierno de Rómulo Betancourt hasta el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez (1974-1978) y otras políticas que contribuyeron, entonces, a la caída o deterioro y que parte desde 1979 con Luis Herrera Campins, transitando por los gobiernos de Lusinchi, segundo de Carlos Andrés Pérez, Ramón J. Velásquez y segundo de Rafael Caldera. Asimismo, el historiador y periodista Manuel Caballero afirma que aunque esos procesos llevaron a “la gestación de Chávez”, título del libro” el título real para este libro era *De la democracia al totalitarismo* pues la intención verdadera, es “ver ese desarrollo menos como suceso personal que como proceso social”.

*La gestación de Hugo Chávez* fue escrito en el 2000, en el contexto de la convocatoria a elecciones para elegir los representantes de los Poderes Públicos, incluyendo dos nuevos, con base a un nuevo texto constitucional aprobado en elecciones en 1999, como una consecuencia del agotamiento de aquellas fórmulas partidistas nacidas, irónicamente, del rechazo a los autoritarismos militaristas de mitad del siglo XX. El libro de Caballero nos remite a uno más reciente, *Del viernes negro al referendo revocatorio*, 2005, escrito por Margarita López Maya donde esta autora profundiza más los aspectos socioeconómicos de esos 40 años de “de luces y sombras” llamados así por Caballero.

Es *La gestación de Hugo Chávez*, sí, un libro denso en su contenido, pero de fácil lectura y seguimiento de los períodos presidenciales y los sucesos que los caracterizaron, asimismo de los procesos sociales que gestaron, como bien expresa el autor, procesos, si se quiere, de regreso o involución a propuestas ya superadas. Es, pues, un análisis detallado y que podría responder a interrogantes como por ejemplo ¿cómo y por qué llegamos a la situación actual? Quizás y hurgando un poco más hasta podríamos conseguir la respuesta a ¿por qué continúa? Y el estudio y análisis de nuestra historia pasada reciente podría darnos la respuesta a ¿cómo salir de esto?

Manuel Caballero es uno de los historiadores más prolíficos del país. Esta producción suya, principalmente centrada en el siglo XX, tiene lugar en un contexto en el cual los estudios y libros de historia hasta llegan a ser éxitos de ventas. Las transformaciones sociopolíticas que ha vivido Venezuela, esencialmente en la última década, han despertado una suerte de sed histórica. Para muestra un botón: Caballero y otro destacado historiador, éste más centrado en el siglo XIX, Elías Pino Iturrieta, por ejemplo son protagonistas de sendas bibliotecas personales dentro del sello Alfadil Editores, mientras que otra destacada estudiosa como Inés Quintero tiene micros radiales diarios en la red de emisoras del circuito *Unión Radio* que llega a todo el país. Todo ello evidencia esa suerte de sed a la que hemos referencia. Otro aspecto que lo refuerza, el libro que estamos reseñando tiene seis ediciones en el país, desde que vio luz por primera vez en 1993 y obtuviera, entonces, el Premio Nacional de Historia.

Más allá de los reflectores de la fama, por los que muchos historiadores locales se pasean hoy, sería injusto no reconocer el bagaje formativo-académico que antecedió a las candilejas. Caballero es un caso significativo en tal sentido. Profesor titular de la Universidad Central de Venezuela, en donde llegó a dirigir la Escuela de Historia, su formación se completó en París y Roma, y finalmente su doctorado lo culminó en la Universidad de Londres. Ha sido el primer intelectual venezolano editado por la editorial de la Universidad de Cambridge, en sus cuatro siglos y medio de existencia. Columnista permanente desde 1965, primero de *El Nacional*, luego de *El Diario de Caracas* y en la actualidad de *El Universal*, es ampliamente conocido en el exterior por lo que fue su tesis doctoral: *Latin America and the KOMINTERN 1919-1943*, editada en primer lugar por Cambridge y luego traducida a varios idiomas. Tres libros suyos son claves para entender el siglo XX venezolano: *Gómez, el tirano liberal*; *Rómulo Betancourt, político de nación* y *La crisis de la Venezuela contemporánea*.

Juan Vicente Gómez, como nos lo recuerda Caballero, es una de las personalidades venezolanas que más levanta opiniones, en no pocos casos enfrentadas sobre su rol como protagonista central de nuestro naciente siglo XX. El historiador parte de esa realidad. No se puede ser objetivo ante

Gómez, como tampoco podría serlo el historiador del futuro que repase la vida política de Hugo Chávez. Construir pues un libro que recapitule aspectos de la vida de un personaje polémico, representa para el historiador un reto mayor. Más notorio resulta el esfuerzo de Caballero al volver sobre la vida del benemérito, sobre quien se han escrito ya varias biografías y sobre quien pesan puntos de vista, disímiles, en el imaginario colectivo de la Venezuela contemporánea. Gómez, a fin de cuentas, nos es una figura familiar. Debe decirse, al completar la lectura de *Gómez, el tirano liberal* que el historiador sale bien librado en su tarea. Tenemos un retrato de las luces, y obviamente principalmente sombras de quien ha ejercido el poder más largamente en Venezuela, en ese sentido calza a la perfección la definición que da Caballero: se trata de un “hombre de poder” (pag. 251). La destreza de Caballero, en eso de retratar a personajes fundantes de la vida nacional, tuvo una importante expresión con *Rómulo Betancourt, político de nación* (2004). Notoria fue la oposición de Caballero a Betancourt, como el mismo se encarga de recordárnoslo en la introducción de éste último libro (pág. 21). El ejercicio, que se aplica también al caso de Gómez, por parte del historiador, consiste en tratar “de comprender al hombre y su tiempo en sus contextos ideológicos y epocales”. En todo caso, uno y otro libro pueden ser claves para comprender el siglo XX venezolano.

Volvamos a *Gómez, el tirano liberal*. En primer lugar, se trata de un libro que permite acercarse al gomismo o gomecismo, que Caballero diferencia, de acuerdo con la época, justamente a través de períodos concretos del largo ejercicio del poder por parte de Gómez. Esta organización temporal, sin embargo, no es para nada una camisa de fuerza, y menos aún estamos en presencia de un libro lineal o cronológico. Todo lo contrario. El establecimiento de lapsos, claramente diferenciados, es el espacio temporal que le permite a Caballero un paseo por los aspectos centrales del mandato de Gómez, conectando y articulando aspectos, que resultan coincidentes en momentos diferentes.

Eso que podríamos decir abordajes temáticos, que permiten lecturas transversales del largo mandato, resulta muy claro cuando Caballero aborda la crueldad del período, especialmente reseñado en el capítulo XVII “La guerra ha regresado”. El autor apunta cuatro categorías: “de época”, “buena o necesaria”, el ensañamiento contra el enemigo vencido y la propiedad crueldad del Benemérito (pag. 234). A partir de allí se pasea por los di-

ferentes momentos en los que ya antes ha dividido el prolongado período gomecista (gomista en sus inicios, según la clasificación de Caballero). Este aspecto, de la crueldad, es uno de las sombras que acompaña al hombre de poder que fue Gómez.

Un aporte novedoso del libro, a todas luces, es la relación de Gómez con Estados Unidos. Una estancia del investigador en Estados Unidos y el acceso al Archivo Nacional de aquella nación, le permite echar mano de documentación primaria del Departamento de Estado. Washington jugó decididamente a favor de Gómez, como puede constatarse en el intercambio de *memorándums* y notas entre la embajada en Caracas y el Departamento de Estado, pero con el pasar de los años, y especialmente cuando claramente quedó en evidencia la intención de Gómez de perpetuarse en el poder (1913), el gobernante fue un aspecto incómodo para Estados Unidos. Otro asunto que contribuyó en ese sentido fue la ambigüedad gomecista en la I Guerra Mundial, que mantuvo a Venezuela neutral en la conflagración, y lo que puede inferirse como simpatías de Gómez con Alemania. Todo ello da un entramado que estaba lejos de que las relaciones entre Caracas (o deberíamos decir Maracay, donde permanecía el Benemérito y por tanto el poder real) y Washington fuesen excelentes o plenas de cordialidad. Al contrario, Gómez fue una especie de mal necesario. Fue el hombre en el lugar y el momento correcto para poder sacar a Cipriano Castro del poder, con el respaldo de Estados Unidos, pero con el paso del tiempo terminó siendo más bien una especie de piedra en el zapato, cuya permanencia en el poder, una verdadera tiranía, contradecía el discurso democrático que Estados Unidos deseaba exportar al sur del Río Bravo. Reveladora, en esa dirección, resulta la nota de puño y letra que el presidente Woodrow Wilson escribe en febrero de 1918 a Robert Lansing, tras recibir un *memorándum* de éste, que ocupaba la jefatura del Departamento de Estado, en términos muy directos le preguntaba cómo deshacerse “del canalla” (pag. 169). El petróleo aún distaba de tener un peso determinante en la relación binacional.

En relación al manejo petrolero por parte del gobierno gomecista, también hay abordajes que permiten relecturas significativas. Por un lado, si bien Gómez tuvo la última palabra en las decisiones de fondo del país y hasta requería reportes diarios con detalles nimios en muchos asuntos, en realidad dentro de sus diferentes gabinetes se producían debates de fondo



sobre las políticas a seguir. Las primeras normas petroleras emanadas en los años 20, para un régimen de concesiones, que primero pararon en manos de los favorecidos del régimen, pero que terminarían siendo una suerte de alcabala por la que debían pasar las empresas trasnacionales, fue producto justamente del contrapunto interno del gobierno. Para Caballero, la estrategia seguida por el gomecismo estaba lejos de ser complaciente con Estados Unidos, al contrario, se utilizó el petróleo para aceitar la difícil relación bilateral, pero al tiempo que se abría el juego para empresas de otros países; todo ello con el matiz de lo que contemporáneamente conocemos como inseguridad jurídica, pues el marco regulatorio sufrió de sucesivos ajustes.

Podemos asegurar que este libro de Caballero permite repasar otros aspectos de tono cultural sobre el ser venezolano, que en parte ayudan a explicar a Gómez y su época. Una de ellas es motivo de debate en los días que corren, como en nuestro pasado reciente: el rentismo. Para el historiador, la mentalidad rentista de los venezolanos no es producto de la explotación petrolera, sino que le antecede (pag. 189). Caballero encuentra suficiente comprobación, especialmente en la élite política de fines del siglo XIX y en los albores del XX, de una mentalidad que apostaba a una fuente de riqueza que estuviese a salvo de los vaivenes políticos. Los años posteriores en Venezuela vendrían a demostrar que ello no sólo era imposible, sino hasta ingenuo. El maná, que finalmente tuvo el sello petrolero, no quedó a salvo de las rupturas y crisis políticas, sino que justamente ayudaría a potenciarlas con el correr del siglo XX.

GONZÁLEZ DE LUCA, Marielena. 2007. *Historia e historiadores de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Por Lucila Díaz.

González de Luca es profesora titular de la Universidad Central de Venezuela, doctora en historia de la misma Universidad y *Magister* en Ciencias de la Escuela de Economía de Londres. Tiene una larga carrera como docente e investigadora en universidades nacionales y extranjeras. Actualmente se desempeña como profesora en el Postgrado de Historia de la UCV, donde ejerce como docente y coordina la Maestrías en Historia de América; también ha sido profesora del Doctorado en Historia y de la

Maestría en Historia de las Américas, de la Universidad Católica Andrés Bello. Entre sus distinciones, destacan: Premio Municipal de Investigación Histórica. 1992; Premio Nacional Conicit en Ciencias Sociales (1996); Premio Nacional de Historia, Francisco González Guinán (2005). Entre sus obras, figuran: *Negocios y Política en tiempo de Guzmán Blanco* (Caracas, 1991 y 2001); *Los Comerciantes de Caracas* (Caracas, 1994); *Antonio Guzmán Blanco* (Caracas, Biblioteca Biográfica Venezolana, 2007), además de un extenso número de publicaciones sobre temas de historia de América y Venezuela.

En este texto, González ofrece al lector interesado un balance de la producción de historiadores venezolanos a partir del año 1950 del siglo XX. Pone sobre el tapete los cambios históricos significativos que tuvieron lugar durante la última mitad del siglo XX y cómo los historiadores intelectuales y los historiadores profesionales, los han enfrentado. Incluye una amplia sección de referencias bibliográficas, clasificadas en: compilaciones documentales; libros y artículos; obras en referencia y hemerografía así como títulos consultados y no incluidos en la selección historiografía. Incluye materiales complementarios que pueden ser de utilidad para una eventual investigación.

El texto está dividido en tres capítulos. El primero trata del contexto historiográfico de mediados del siglo XX. En el segundo trata del ciclo profesional y el tercero y último, establece la expansión y renovación de los estudios historiográficos, referido a los autores, instituciones, temas y tendencias. En la introducción, González nos presenta las premisas metodológicas y el campo de trabajo. En lo que se refiere a las premisas, nos explica que la construcción historiográfica se sirve de tres fuentes: 1) La historiografía acumulada; 2) los preceptos metodológicos y 3) la evidencia que remite a los acontecimientos, las coyunturas, estructuras, procesos, las ideas, personajes y sociedades del pasado. Señala que el estudio de la historiografía comporta una visión de la historia intelectual, de las ideas de una época a través de lo que revela el trabajo de los historiadores del período que se desee estudiar. Para ella al escribir sobre la historiografía venezolana del medio siglo que comienza en 1950, además del registro de obra y autores que se han ocupado en forma permanente o circunstancial del pasado, debe darse cuenta de cómo ha sido el presente de los historiadores, cómo ese tiempo moldeó su visión y cómo a través de sus obras, ellos

también son forjadores del pasado. En lo que se refiere al campo de trabajo, nos hace ver que en los inicios fue una expresión de la historia oficial. Otra característica fue la inclinación a estudiar los eventos político-militares, los de la independencia y a servir a los deseos del poder público.

En el primer capítulo titulado *El contexto historiográfico de mediados del siglo XX*, González expone la situación en que se encontraba el país cuando la transformación económica y social marcó la segunda mitad del siglo XX. En ese período, señala que las pequeñas élites ilustradas formaron la referencia histórica de la época y fue entonces cuando emergió la Historia como ejercicio profesional. Divide este capítulo en dos partes: 1) Un trepidante viraje y 2) El anclaje historiográfico. En la primera parte expone cómo el cambio que se originó en Venezuela por el aumento de los beneficios de la actividad petrolera, trajo como consecuencia la masificación de la población universitaria. Como la única referencia que tenían los historiadores eran los autores que tonificaron el clima intelectual fueron los de la primera mitad del siglo XX, la autora denominó la segunda parte de este capítulo El anclaje historiográfico, porque era el único asidero que se tenía para estudiar la historia. González llamó a estos historiadores *Intelectuales*, debido al hecho que no eran historiadores de profesión, sino que lo hacían en sus ratos libres. En este capítulo diferencia a los autores con influencia positivista y los de tendencia nacionalista. En el paradigma positivista, establece que tuvieron influencia de autores franceses cuya contribución renovó decisivamente la historiografía venezolana. Entre los representantes de esta corriente señala a Pedro Manuel Arcaya, a Caracciolo Parra Pérez, que aunque destaca que él se identificaba como no positivista, esta corriente está presente en su obra.

En lo que llama el ámbito del nacionalismo histórico, destaca como sus representantes a Mario Briceño Iragorry, Augusto Mijares y Mariano Picón Salas. Pero a su vez destaca que con ellos no desaparecen los paradigmas positivistas, porque forma parte de la base de la historiografía, unos principios que no se puede descartar, porque forman los pilares donde el quehacer historiográfico descansa. La autora hace una pequeña biografía de cada uno de los representantes de estas corrientes. En el libro habla además de que existen otras obras, biografías, ensayos y trabajos literarios de temas históricos pero que realmente no eran contribuciones historiográficas. Hubo también personajes que aprovecharon sus ensayos históricos para

difundir sus convicciones ideológicas, en algunos casos marxistas. Aquí ella destaca a Carlos Irazabal y Salvador de la Plaza. También encontramos a Miguel Acosta Saignes, que a diferencia de los dos primeros sí desarrolló la historia como profesión. Según González existen, además, intelectuales que sin haber sido profesionales se destacaron en temas históricos, entre ellos podemos mencionar a Arturo Uslar Pietri, Ramón Díaz Sánchez y Enrique Bernardo Núñez. También habla brevemente de estos tres actores y de sus obras.

El segundo capítulo titulado, *El ciclo profesional*, está referido a que la actividad histórica se profesionalizó. Dejó de ser una actividad a tiempo parcial, para ser una profesión con perfil propio e independiente. Estos estudios profesionales se dictan, en primer lugar, en el Instituto Pedagógico con el objeto de formar profesores de enseñanza media y de allí pasaría a las aulas universitarias. Hasta los años sesenta gran parte de las contribuciones al estudio del pasado seguían siendo resultado del trabajo de profesionales no graduados en historia. Pero a partir de entonces esta enseñanza quedó bajo el control de especialistas. Estos historiadores profesionales tuvieron la influencia de la escuela mexicana, los venezolanos sedimentaron su visión de la historia al abrigo de las corrientes de la época, entre las que destacaba el marxismo. En este capítulo la autora hizo tres diferencias: 1) Los fundadores; 2) La visión crítica y preocupación metodológica y 3) Otros cánones historiográficos.

Con relación a los fundadores, destaca a Miguel Acosta Saignes, Eduardo Arcila Farías, Federico Brito Figueroa, Germán Carrera Damas. Para la autora este núcleo fue determinante en la orientación de los estudios históricos en los siguientes cincuenta años. En esta parte del libro hace una pequeña biografía de estos autores junto con sus obras a su juicio, más importantes. En lo que respecta a la visión crítica y preocupación metodológica, se pone de manifiesto, la preocupación por reorientar el estudio del pasado, sistematizándolo para darle el perfil profesional. En esta sección establece un contraste en dos historiadores formados en la escuela mexicana y que tuvieron una influencia decisiva en las nuevas direcciones de investigación, como son Federico Brito Figueroa y Germán Carrera Damas. Ambos tenían distintas orientaciones, pero coincidieron en su crítica hacia la historia oficial y en las prácticas renovadoras de la materia.

Con respecto a Brito Figueroa, señala la relación entre su militancia política (partido comunista) y su compromiso profesional materializado en sus obras. Es el historiador marxista más conocido y para él, el ejercicio historiográfico era esencialmente un compromiso político militante. Según González, esto constituía una de sus limitaciones. Ella le concede su mérito a la historiografía venezolana de influencia marxista, por una parte la visión crítica de ciertas interpretaciones consagradas por la visión positivista y, por otro, su contribución a la superación de la visión estrecha, centrada en el registro y análisis de los cambios políticos, institucionales y en los episodios militares. De igual modo indica que para esta corriente la meta de la historia y de los historiadores era contribuir al triunfo de la revolución socialista.

En la acera del frente coloca a Germán Carrera Damas. Según sus palabras, representó desde el año 1958 y por más de dos décadas una influencia fundamental que marcó a numerosos egresados de la Escuela de Historia de la UCV. De su influencia surgiría la inquietud por los desafíos de la investigación, las exigencias del método crítico y el conocimiento historiográfico. Según González, Carrera logró darle solidez profesional a los estudios históricos e hizo del ejercicio historiográfico una rigurosa disciplina, desarrollando criterios y recursos. Su objeto fue la investigación de tres líneas principales de investigación: la historia de las ideas y de la historiografía, la reflexión sobre el método histórico y el ensayo crítico.

Según González, Brito Figueroa y Carrera Damas fueron las referencias más importantes para los historiadores y profesores de historia que se formaron en los sesenta y setenta. Pero, de la misma forma, establece sus dudas sobre la proyección de estas influencias sobre las tendencias de investigación y a su juicio, no se han formado en Venezuela verdaderas escuelas historiográficas. En la sección tres del segundo capítulo, la escritora establece otros cánones historiográficos. Indica que a la par de los centros universitarios se desarrolló otra manera de estudiar la historia. Vertientes que responden a contextos institucionales y designios diferentes. Como representante de esta área señala al historiador Guillermo Morón. También señala que otra orientación es la de fines didácticos, donde destaca a José Manuel Siso Martínez, el religioso lasallista Hermano Nectario María, José Luis Salcedo Bastardo y Arturo Cardozo.

En el tercer y último capítulo, denominado, Expansión y renovación: autores, temas, tendencias e Instituciones, González desarrolló tres aspectos fundamentales: 1) La práctica historiográfica y las nuevas tendencias; 2) Resurgimiento y replanteamientos y 3) Instituciones e instrumentos de investigación. La práctica historiográfica y las nuevas tendencias. Por el hecho de cambios sociales amplios, se logró aperturas en la forma de historiar. Este campo dejó de ser exclusivamente masculino, las historiadoras profesionales rompieron este cerco. Pero aparte de la investigación hecha por historiadoras los temas que éstas abarcaron se diversificó sobre investigaciones históricas relacionadas con la mujer y la familia. Aquí surge entonces la historia social, la historia de las mentalidades y la microhistoria. Entre los trabajos sobre la mujer podemos encontrar autores como Ermila de Veracochea, Inés Quintero, Elías Pino Iturrieta, Dora Dávila, Luis Pellicer, José Ángel Rodríguez, Marianela Ponce, entre otros.

En esta diversificación del estudio de la historia toma también importancia temas sobre historia social. En este aspecto, Caracas no constituye el centro del quehacer historiográfico, ya que en instituciones universitarias del interior del país se fueron formando núcleos muy destacados de nuevos historiadores. Esto trajo como consecuencia positiva, el desarrollo de la historia regional y local, como área de investigación con exigencias metodológicas que la diferencian de la antigua práctica tradicional. Aunado a esto se desarrolla también la historia de las ciudades. En el aparte de Resurgimiento y Replanteamientos, nos explica que comienza a plantearse el debate sobre historia económica, pero ya no bajo la mirada marxista, pues surgen otros intereses de investigación poco trabajados. Se trabaja por ejemplo el régimen económico colonial en Venezuela, el comercio y el transporte, el tema de la vialidad, el ferrocarril.

También se ha estudiado o se está intentando estudiar la integración de la historia económica con el enfoque político. Sobre esto han escrito historiadores venezolanos y extranjeros. Igualmente se precisa en estos resurgimientos, el estudio de la historia política en Venezuela, advirtiendo que cuando se habla de historia política se está refiriendo a distintas manifestaciones, así comprende: fenómenos colectivos, individuales institucionales, ideas, imaginarios, acontecimientos. Dentro de estas categorías se puede ubicar trabajos que van desde la biografía a las síntesis históricas. La última sección de este tercer capítulo, Instituciones e Instrumentos de

Investigación, trata de acercar cómo se sustentan los estudios historiográficos en nuestro país. Establece que la mayor parte de la producción historiográfica se realiza con apoyo institucional. Otra institución es la Academia de Ciencias Económicas, que apoya la investigación y publicación de temas relacionados con la historia económica. Su órgano es la revista *Nueva Economía*. González pone de manifiesto que aunque no hay duda que los archivos son, por excelencia, las instituciones directamente relacionadas con la investigación histórica, éstos no funcionan con toda la idoneidad que deberían hacerlo.

La lectura de la obra permite conocer la historiografía del Siglo XX, de una manera clara y fácil de entender, puesto que se expresa con un lenguaje diáfano, que un lego en historia entiende.

MÜLLER, Ingo. 2006. *Los juristas del Honor (La "justicia" de Hitler: el pasado que Alemania no puede dejar atrás)* Caracas: Editorial Actum.

BÁEZ, Fernando. 2004. *Historia Universal de la destrucción de los libros*. Caracas: Editorial Debate. Por Marta Rivera Colomina.

Hace algún tiempo tuve la fortuna de toparme con dos libros: uno perdido en la gigantesca y desordenada biblioteca de mi madre, y otro olvidado en la mía propia, igual de desordenada, aunque bastante más modesta.

Se trata de la obra *Los Juristas del Horror (La "justicia" de Hitler: el pasado que Alemania no puede dejar atrás)* del catedrático germano Indigo Müller, que sale a la luz por primera vez para el mercado hispanohablante en el año 2006, en Caracas, de la mano de la editorial Actum y bajo los auspicios de la Fundación Planchart, y de la *Historia Universal de la destrucción de los libros*, del venezolano Fernando Báez, ex director de la Biblioteca Nacional, publicado en Caracas en el 2004, como parte de la excelente colección "Actualidad" de la editorial Debate.

*Los Juristas del Horror* es un libro impactante, por decir lo menos. Narra el proceso de coóptación de todos los poderes del Estado –en especial del poder judicial– por parte del régimen nacionalsocialista, y describe las descabelladas teorías jurídicas diseñadas a la medida del proyecto totalitario de Adolph Hitler.

El camino hacia la perversión de la justicia en la Alemania nazi que nos muestra Müller es, si se quiere, familiar. Es la trillada senda que suelen recorrer los regimenes totalitarios en su aspiración de controlar todas las instituciones y poder así acabar con la pluralidad, eliminar la disidencia, imponer su ideología y eternizarse en el poder. En el caso específico del poder judicial, este ominoso camino va desde la sustitución masiva de jueces por personas afines al proyecto nacionalsocialista, hasta la creación de Tribunales Populares, paralelos a la justicia ordinaria, para conocer sobre casos de “alta traición”.

Pero abarca muchas cosas más. Incluye por ejemplo, la sumisión de muchos magistrados de carrera a la “nueva realidad política”, la dotación de base legal a la aberrante política de discriminación racial (que incluía, por ejemplo, la prohibición de matrimonios mixtos, la eugenesia, la eutanasia y otras medidas para preservar el “acervo genético” de la raza aria), el uso de la noción de “Estado de Emergencia” para violar los más elementales derechos civiles, la transformación de funcionarios públicos en agentes políticos del *Führer* y el enjuiciamiento de opositores al régimen como delincuentes comunes, entre otras. En síntesis: la construcción de una nueva doctrina jurídica elaborada en función de los deseos, aspiraciones, creencias y caprichos del Jefe de Estado.

Ante relatos de esta naturaleza y salvando diferencias de tiempo y de espacio, una venezolana común como quien escribe no puede dejar de hacer paralelismos odiosos. En todo caso, el libro constituye un llamado (si se quiere desgarrador) a defender la independencia de los poderes como elemento indispensable de la democracia, y a evitar el sometimiento de la Justicia al servicio de un solo hombre.

*La Historia Universal de la destrucción de los libros*, por su parte, nos muestra cómo el afán destructor del hombre es quizá tan viejo como su memoria colectiva. La obra recorre casi seis mil años de historia de la palabra escrita, desde los primeros jeroglíficos en Sumeria hasta el saqueo y quema de la Biblioteca Nacional de Bagdad, en el 2003. Curiosamente, esta extraordinaria crónica empieza y acaba en el mismo lugar.

Báez nos recuerda en esta obra que, más allá de la labor destructiva de la naturaleza (inundaciones, terremotos, y otras catástrofes), el principal enemigo del conocimiento encerrado en la palabra escrita es, de lejos, el



hombre. Los libros no sólo han sido desde tiempo inmemorial “víctimas colaterales” de enfrentamientos, saqueos, guerras e invasiones, sino que además son perseguidos y condenados en sí mismos, en el ánimo de aniquilar el pensamiento que contienen y destruir así el patrimonio de ideas de una cultura determinada.

La lista de obras perseguidas y/o destruidas es interminable, como interminables son la ignorancia y la obcecación del hombre. La biblioteca de Alejandría, los escritos prohibidos de Thot, los manuscritos del Templo de Artemio, los rollos del Mar Muerto, parte de la obra de Aristóteles, textos budistas y textos gnósticos, los libros prohibidos de Abelardo, los códices prehispánicos en México, los “textos heréticos” de la inquisición, la Biblia de Guttemberg, obras de astrología y alquimia, las profecías de Nostradamus, obras de Newton y Darwin, el bibliocausto nazi, los libros prohibidos de la Revolución Cultural China, las obras condenadas por los censores en la Europa comunista... y para de contar.

Llegados hasta aquí, el lector se estará preguntando ¿qué tienen ambos libros en común, qué es lo que motiva a hacer una reseña única? Müller y Báez, cada uno desde su propia perspectiva ideológica (Müller desde la acera de la democracia cristiana y Báez en las trincheras de la izquierda revolucionaria) hacen un estudio magistral sobre la intolerancia o lo que es lo mismo: sobre el miedo del hombre hacia el conocimiento, hacia todo aquello que le resulte diferente, hacia la pluralidad de ideas y pensamientos.

Pero la intolerancia nunca viene sola, no. Viene acompañada de sus hijos más deformes: el fanatismo (político, religioso, dogmático o de cualquier otra índole), la discriminación y la exclusión, las formas más aberrantes del ejercicio del poder, el reinado del pensamiento único, el imperio del terror para lograr dominaciones omnipresentes, en nombre de una ideología, una clase social, un credo, un constructo teórico, una raza.

Frente a estas manifestaciones monstruosas de la intolerancia humana, el elemento común en ambas obras que más me ha llamado la atención luce, si se quiere secundario. Y es que de estas crueles historias no se salva nadie. Desde los honorables jueces de carrera de la República de Weimar (e incluso reputados juristas y catedráticos) que no dudaron en plegarse a las atroces exigencias del nacionalsocialismo para mantener su cargo u

obtener prebendas, hasta personajes respetados por su genialidad o por su contribución a las ciencias y a las artes (como Platón, Hume o Nabokov), que tampoco dudaron en hacerse partícipes en la desaparición de libros y la persecución de escritores.

De este *mea culpa* colectivo no se salvan tampoco las instituciones. Ni siquiera las universidades, centros por excelencia del conocimiento y de la pluralidad de ideas ¿Cómo olvidar que fue principalmente en el seno de las universidades alemanas y en sus círculos intelectuales en donde se le dio cuerpo al sistema jurídico nacionalsocialista? ¿Cómo obviar igualmente que muchas universidades han sido cómplices en la censura y destrucción de libros a lo largo de la historia, tal y como ilustra Báez en su obra? Pareciera que todos estamos condenados a ser horrendos a ratos...

A estas alturas, no puede uno menos que evocar al gran Bradbury y su *Fahrenheit 451*° que representa la convergencia perfecta, en el plano de la ficción, de las dos realidades evocadas en los libros que nos ocupan. En su obra, Bradbury narra las peripecias de un grupo de “antisociales” empeñados en preservar la memoria en un mundo monocolor, en el que no cabe la diversidad, gobernado por un régimen totalitario que quema los libros con la intención de evitar pensamientos que roben “la paz” de sus habitantes. La obra era, en realidad, una dura crítica a la destrucción de libros en la era del macarthismo. Demás está decir que fue censurada. Sólo la revista *Play Boy* se atrevió a publicarla por fascículos en 1953. De hecho, ninguna editorial osaría sacarla a la luz hasta catorce años después, en 1967.

Pero nuestros libros se unen no sólo en la ficción, sino además en la vida real, a través de un hilo sutil la mayor parte del tiempo y muy evidente en ocasiones. No en vano ambas obras convergen en un episodio bochornoso para el género humano: en mayo 1933, millones de libros ardieron en diferentes ciudades del *Reich* a un mismo tiempo, con la colaboración entusiasta de estudiantes universitarios e intelectuales alemanes. Se trató del llamado Bibliocausto Nazi: “la entrega a las llamas del espíritu diabólico del pasado”, diría Goebbels o la quema infame del genio humano y de su memoria, diría yo.

Hoy, en la antigua Plaza de la Opera de Berlín, una placa con una cita del poeta judío Heinrich Heine, cuya obra también fue pasto de las llamas, rememora este episodio: “Ahí donde queman libros, terminan quemando hombres”. Y así ocurrió, pocos años más tarde, en los hornos crematorios.

Podríamos decir que esta sentencia es el cruel epílogo del drama nazi encarnado en los *Juristas del Horror...* y es al mismo tiempo la frase que da inicio a la obra de Báez.

OTERO GARABÍS, Juan. 2000. *Nación y Ritmo "descargas" desde el Caribe*. San Juan de Puerto Rico, editorial Callejón. Franklin Manrique.

Juan Otero Garabís es profesor de literatura puertorriqueña en el Departamento de Estudios Hispánicos del Recinto de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico. Posee una Maestría en literatura comparada de la UPR y un Doctorado en literatura latinoamericana, Universidad de Harvard. Ha publicado diversos artículos sobre cultura y literatura caribeña en variadas revistas y periódicos.

A partir de los años sesenta, distintas luchas populares impactaron contundentemente la vida social y cultural de las naciones caribeñas. Con ellas, las expresiones y los lenguajes populares irrumpieron en el espectro nacional, provocando cambios en estas sociedades. Mediante un seductor contrapunteo, entre literatura y música popular se reformuló la expresión del contacto entre campos claramente diferenciados hasta entonces. Encontramos allí la mixtura de géneros, lo transfronterizo, la hibridez discursiva, relatos orales, escenas cinematográficas en definitiva, la música.

Otero Garabís considera que el Caribe y Latinoamérica se vieron en la necesidad de formular sus propios textos, más alegres y festivos, desenfadados y desprejuiciados, como forma de manifestar la independencia frente al discurso cultural etnocentrista.

Para él, la cultura popular caribeña es producto de la asimilación que los escritores latinoamericanos han hecho de la llamada "cultura popular". En ella se dan cita distintos intertextos musicales-populares: el bolero, la salsa, la bachata, etc., que en alguna forma, sostendrán el hilo narrativo y la tensión necesaria, creando atmósferas, situaciones y motivos que nada tienen que ver con los grandes archivos tradicionales forjadores de la memoria continental.

Juan Otero conceptualiza, a modo de introducción, las diferentes nociones que utilizará en el libro, donde el Caribe hispánico es visto por sus

“imaginarios nacionales”, tanto en la música popular como en la literatura; es decir, utiliza estructuras musicales para formar discursos literarios o viceversa. Toma en consideración los cambios que se producen en las condiciones históricas y su reconfiguración, productos de nuevas alianzas, en donde participan los sectores que, en alguna forma, fueron relegados en los imaginarios anteriores.

Puntualiza acerca de la transparencia de la mezcla cultural como suceso social y de su “seducción” a nivel discursivo.

El autor debate sobre la influencia que los medios de comunicación de masas provocan hacia nuevas formas de representación social. Según Otero, estos afectan las “maneras” en que las comunidades nacionales se conciben a sí mismas. La producción musical es aquella que se convierte en “mercancía” de entretenimiento y, la “popularización” del artista, es sólo producto de la industria. Este proceso comunicacional ha permitido que a través del disco, de la radio “un músico popular fuera escuchado en toda Latinoamérica”.

También discurre en cómo abundantes textos literarios se han musicalizado en guarachas o boleros, y, que de igual modo, la música popular participa de estrategias discursivas que tradicionalmente corresponden a la literatura. No niega que este intercambio entre música y literatura, sea sin duda, la representación de los “imaginarios” nacionales como espacios de interacción y contaminación cultural, tratando quizás, de armonizar las relaciones sociales.

Enfoca su estudio hacia la interpretación de los discursos musicales y literarios, utilizando, según refiere “estrategias interpretativas provenientes de la teoría y crítica literaria con el fin de analizar las representaciones textuales de dichos imaginarios, tanto en la literatura como en la lírica y ritmo de la música popular”. Lo plasma en cuatro capítulos. A través del examen de las obras de Luis Rafael Sánchez, Willie Colón, Pedro Vergés, Juan Luis Guerra, Silvio Rodríguez y Lezama Lima, Otero nos transporta a un sabroso e interesante baile por los caminos que han alterado las identidades e imaginarios culturales de Puerto Rico, República Dominicana, y Cuba en los últimos treinta años, en donde presenta un discurso narrativo, que se apropia de lo musical popular, visto como el resultado de una herencia, de un amplio proceso de transculturación suscitado en Latinoamérica.

El primer capítulo: *La escritura 'en puertorriqueño' de Luis Rafael Sánchez*, Otero hace referencia a dos obras de este escritor: *La Generación o sea*<sup>1</sup> y *La Guaracha del Macho Camacho*<sup>2</sup>: ¿escrita en Puertorriqueño?

En “*La Generación o sea*”, el autor señala que Sánchez destaca el valor de la literatura como mecanismo de resistencia cultural y de afirmación de la identidad nacional, en donde la literatura puede “rescatar” la desvaneciente “esencia” de la puertorriqueñidad, propiciar un encuentro de identidades culturales, literarias y nacionales. Con la *Guaracha*, Juan Otero destaca cómo la cultura autóctona se presenta desplazada por la industria, su identidad nacional es amenazada por los medios de comunicación, y, su intérprete, Macho Camacho, es el producto de esa industria cultural. Otero asegura que estos títulos no son expresiones populares auténticas, en el sentido del “ser” del pueblo:

La selección de la “Guaracha” (...) responde paralelamente a su popularidad (...) producto de la industria y a su sentido como género musical: el género popular tanto en el sentido de originarse en sectores populares de la nación (...) y en la popularidad comercial.

En su reticulado, la novela se impregna de distintos discursos, en un *collage* que va desde lo musical, lo narrativo, lo publicitario, lo televisivo, lo melodramático, lo irónico, lo político, etc. La ficción transcurre en medio de una tranca fenomenal en una de las autopistas puertorriqueñas, esto permite a la voz narrativa desmenuzar las distintas historias que conforman su narratividad. La tranca –o el atasco vehicular– remite al caos urbano, al desconcierto de los conductores, a los miedos, temores y pulsiones de los sujetos perdidos en el tráfico de la ciudad.

Para Otero, la novela de Sánchez representa y propone el “*vacilón*” como movimiento que evade la inmovilidad de los personajes sin buscar vías alternas. Es por ello que Otero perfila dos variantes en otras obras musicales para observar el “tratamiento” del “*vacilón*”, símbolo de resistencia a la dominación y no como “enajenación escapista”. El primero: “*Vámonos pa'l monte*” de Eddie Palmieri (1974) en la cual, según el autor, se reafirma la necesidad de establecer el “*vacilón*” concebido para la libertad y resistencia a la dominación:

1 Luis Rafael Sánchez, “La Generación o sea”, en: *Claridad*, San Juan, 23 de enero de 1972:22.

2 *Ibid*, *La Guaracha del Macho Camacho*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1976.

Este mundo está travieso  
y aunque eso no me importe a mí  
yo no puedo controlarlo  
sigo contento y feliz, soy feliz.  
Coro: Vámonos pa'l monte,  
pa'l monte pa guarachar...

Aquí la prosa “seduce” a irse al monte para liberarse.

La segunda canción: “*Guaguancó*”, del Gran Combo (1973), al igual que en “*La Guaracha*”, presenta un lamento por el mundo que se “padece”, pero sugiere una salida hacia el “goce”, para “paliar” la tristeza:

Se está perdiendo el mundo entero sin querer,

...

Nos duele el corazón

...

Vacila tú el guaguancó...

Los tres textos proponen el goce como resistencia. Sánchez lo enfoca literariamente lleno de ritmos y lenguajes de música popular, desde la escritura que reconoce la penetración e importancia de los diversos lenguajes sociales que componen el español puertorriqueño y los adopta como estrategia político-cultural. Por su parte Palmieri y el Gran Combo, se sitúan en la “rumba” para resistir el desorden del mundo. Privilegian la música frente a un mundo “travieso” o “perdido” que amenazan con limitar los espacios para ese “goce”.

Otero concluye que Sánchez sólo representa un espacio “imaginario” de la sociedad puertorriqueña con la intención de aproximar el discurso literario y el popular, tratando de defender la cultura y la identidad nacional.

En el segundo capítulo del libro: “*La Nación por los márgenes: salsa, migración y ciudad*”, el autor define el género de la “salsa”: “... un híbrido producido por emigrantes que mezclan producciones de diferentes orígenes nacionales y que se nutre de las experiencias de los puertorriqueños”. Destaca que esta integración se da principalmente en las clases trabajadoras de diversas culturas y nacionalidades, en donde se refleja la nostalgia por la patria.

Luego conceptualiza lo que para él es “música popular”, referida a la producción que surge de sectores que no son económica o socialmente educados o, a producciones de géneros musicales de estos sectores entre estos:

el merengue y la salsa. Ve un modelo: la “salsa de Willie Colón” porque a través de ella se demuestra la interacción con la cultura norteamericana.

A su juicio, el cantautor utiliza elementos de las comunidades afroamericana y los reproducidos por la industria cultural (en especial el cine y la televisión), para “reimprimirle” significados propios. Es allí, en donde radica su originalidad. Sin embargo más que una definición nacional, la “salsa” busca su propio espacio:

Definir a Puerto Rico como salsa provoca la reflexión en torno a varios puntos, sobre las fronteras entre espacios discursivos y culturales de Puerto Rico, dentro y fuera de la isla; segundo, sobre la cultura puertorriqueña como una que combina no sólo elementos de las herencias africanas y españolas sino también de las culturas caribeñas y norteamericanas. En tercer lugar, hace pensar la importancia de la experiencia de las comunidades puertorriqueñas en Estados Unidos en la formación de la cultura de identidades nacionales.

Así, para Otero, la música de Willie Colón es popular porque aunque haya sido promovida por la industria, mantiene expresiones consistentes con una comunidad minoritaria y doblemente marginada; delata la ambigüedad de la relación puertorriqueña y estadounidense, a través de personajes “tipo”, manifiestos en la prosa de Colón: latinos como delincuentes (estilo hollywoodenses de la mafia italiana), “El malo”, y, también, en las expresiones bilingüistas de los puertorriqueños y su acostumbrado “vacilón”.

El capítulo tercero: “*Contrapunteos y síntesis culturales en la Cuba revolucionaria*”, Otero trata sobre el discurso lírico inmerso en la revolución política cubana no porque sea algo pensado e intencional sino surgido como reflejo y creación del pensamiento.

Para él, Silvio Rodríguez significa un “modelo de genialidad musical”, más que un poeta es un “trovador”, que produce y representa la imagen de la revolución como reivindicación de las clases populares, postulándolas hacia la superación humana en sus sentidos sociales e intelectuales. Su propósito está en contraponer la poesía cerrada y academicista de Lezama, con la intencionalidad de elevar el nivel cultural de la población. Objetivo que, en cierta parte, sí logra la “Nueva Trova”, porque: “(...) la nueva trova triunfa al crear un público identificado con el compromiso social y político de la revolución; público que desea diferenciarse del panfleto y de la canción de consumo: un público que se “distingue” del pueblo (...) masa como producto del fetichismo capitalista y (...) como consumidora pasiva”.

Se trata de hacer sentir al público partícipe de la revolución, con canciones que los “comprometa a pensar” –estilo Pablo Milanés–. Así pues entre la seducción intelectual al pueblo y los postulados políticos sociales y humanos de la revolución se sintetiza la cultura en Cuba.

“*Del bolero a la bachata: deseos socioculturales en Pedro Vergés y Juan Luis Guerra*” es el último capítulo del libro, en el que Otero reflexiona acerca del “bolero” como género para entender la cultura popular a través de la narrativa de Vergés, en donde se introducen otros ritmos caribeños.

El bolero (caribeño y latinoamericano), según el autor: “se presenta como una estructura útil para comprender (...) una identificación de la nación como el merengue, originada en la era de Trujillo; y una expansión de las fronteras músico-culturales de la República Dominicana”.

Pedro Vergés, dominicano, se decanta por la articulación de estos discursos en *Sólo cenizas hallarás* (bolero), para narrar el proceso político previo y posterior a la caída de la dictadura de Trujillo, poniendo en abismo a unos seres sumidos en la desesperanza, en las cenizas, que es lo que queda del país. En ella, lo musical no es más que la excusa para narrar la intensa soledad, la desesperanza y el lento desmoronamiento del pueblo dominicano de aquellos aciagos días previos y posteriores al asesinato del dictador.

Pero este esfuerzo de creación cultural o de “romance social” que se ve frustrado en la narrativa de Vergés, es vencido por Juan Luis Guerra y su *440*. Éste aunque no pretende eliminar las discrepancias sociales que existían con el merengue, logra ascenderlo del género popular: mezcla diferentes registros culturales y, a la vez, aproxima las clases sociales sin necesidad de cuestionar las “purezas culturales” que las distinguen.

En otros términos, en cantautores como Guerra no se pretende eliminar las discrepancias sociales que delata, sino acercar y confirmar la unión entre lo social y lo cultural. Juan Luis –a quien se compara con Luis Alberti– toma una producción de origen marginal (la bachata y el merengue) y la “engalana” para promover su aceptación dentro del gusto nacional porque complace el “paladar” de las clases media y alta: “Guerra insiste en recrear un espacio en donde el deseo sea plausible, al menos en la letra y el ritmo



de sus canciones: su música se nutre del deseo por el romance social... Se resiste a adoptar posturas ideológicas con algún movimiento político”<sup>3</sup>.

Para Otero, Rubén Blades muestra una composición más compleja: a nivel discursivo combina la crónica popular y la métrica alejandrina que: “evoca a la épica, refranes populares, parodia de películas de Hollywood, reportes radionoticiosos y alusiones literarias”. Así la música popular participa de estrategias que corresponden –tradicionalmente– a la literatura. Puede apreciarse cómo la narrativa caribeña se apropia del discurso musical, para dar cuenta del caribeño en cuanto ser pluricultural, de su educación, identidad y periferia.

Estas apropiaciones discursivas musicales permiten sostener el encuentro de lo heterogéneo y la transgresión de una alta cultura que dará paso a la cultura popular. Esta tradición narrativa es ya larga e intensa y no parece tener punto final en lo inmediato. El discurso musical-popular se inserta dentro de la literatura, para resignificar la cultura del mestizaje y a su vez para dar cuenta de la cultura popular y su relación, a veces tensa, a veces armoniosa, con la alta cultura.

En el Caribe hispánico existe un raudal de textos literarios que se han musicalizado para reproducir sus “imaginarios nacionales”, demostrando cómo en la literatura y la música interactúa el deseo de reconciliar las clases sociales y las expresiones culturales.

Al usar soportes musicales para construir discursos literarios, se cristaliza la ambición de que la armonía musical fundamente no sólo el texto en sí, sino también la sociedad. La interacción no supone la eliminación de las diferencias, estas reconciliaciones funcionan a nivel simbólico.

La industria cultural, sin duda, ha facilitado que los géneros populares, en especial, la música formen parte importante de los espacios discursivos de cada nación; muestra que estas alocuciones distinguen, complementan e influyen mutuamente. Superar estas diferencias va más allá de los discursos culturales, de la literatura y de la música. Nuestra “hibridez” nos hace seguir planteándonos, lo que expresa Héctor Lavoe:

---

3 No se debe perder de vista que aun cuando Guerra no asume una postura política partidista en sus canciones, su ideología se orienta hacia una doctrina con visos evangelizadores. Sus letras apuntan hacia la hermandad, la unidad, la reconciliación no sólo de los hispanocaribeños, sino del mundo.

“¿Qué de adónde vengo?  
¿qué pa dónde voy?”

Otero es, sin lugar a dudas, un estudioso de la cultura latinoamericana que ha otorgado gran importancia a la música y, en este caso particular, incorpora elementos del merengue, la bachata y la salsa como manifestaciones elocuentes de la idea práctica de mezcla de razas y de los ideales latinoamericanos de “democracia racial”. Quizás en parte por ello y, en parte, por su atractivo musical intrínseco, que ha sido asumido progresivamente como símbolo y expresión de identidad nacional.

Otero nos seduce con una prosa bien documentada pero cargada también de lirismo que invita a leer, a aliarse a otras identidades: la del emigrante, la del trabajador, la del deambulante, todas ellas hermanadas por su esencia hispana, sus raíces. No es sólo una identidad que denuncia o que renuncia, sino múltiple: isleño, caribeño, ciudadano, llamado a la inclusión racial.

Identidades que se ven en sí mismas y se expresan desde otros espacios a través de su prosa, su música.

El autor nos hace sentir cómo nación e idioma marcan la experiencia cultural del ser y sentir caribeños, experiencia que va más allá de la denuncia o el retrato. Nos atrae hacia fenómenos musicales que se repiten y atraviesan marginalidades identitarias.

Muchas de las obras musicales descritas por Otero pueden ser consideradas clásicos de nuestra música e invitan a repensar las categorías de marginalidad, nación, exilio. Pero aún así resulta esperanzador y abre el apetito de hispanidad caribeña, hacia la exploración del tema de la soledad, la lealtad, el cariño.

En fin, es un manjar para los amantes de la música y lectura obligada para el especialista. Este podría ser su logro, aunque, cabe destacar, otro mayor: el honrar los vínculos entre identidades y la imaginación de muchos autores que van más allá de identidades localistas para trascender las fronteras y dirigir las hacia valores más universales del hombre.

En este texto, Quintero nos ofrece una forma de reconstrucción distinta a la que comúnmente nos tiene acostumbrados la historiografía venezolana. A partir del papel importante que ha jugado la mujer en nuestra historia, la autora plantea un enfoque feminista desde escenarios cronológicos diferentes. Valiéndose de los testimonios y experiencias cotidianas de mujeres comunes y primeras damas, plantea diversos estilos y modos de vida en diferentes épocas. Desde la esclavitud en la colonia hasta el siglo XIX, pone atención en la vida cotidiana, las relaciones sociales y los fundamentos patriarcales que han dirigido los destinos de esa sociedad. Para la colonia, destaca la lucha por la liberación de la esclavitud, los regímenes, estatutos legales que imperaban y la inevitable presencia de la sexualidad en las relaciones esclavo-amo. Más tarde, hacia el siglo XIX, compara los estilos de vida, las condiciones y circunstancias deferentes en momentos que marcarían el periodo republicano de la historia venezolana. En este contexto, expone los casos de las mujeres convertidas en primeras damas, como sería doña Dominga Ortiz y María Teresa de Guzmán, esposas de dos figuras presidenciales. El estudio destaca las relaciones de género a partir de las vidas familiares de distintos actores y trata de reincorporar a la mujer en la historia al documentar sus actividades y sus experiencias femeninas, sin distinción de las clases sociales y/o raza.

Conocida en el ámbito historiográfico nacional e internacional, la evolución en la producción de Quintero ha ido desde la historia política (*El Ocaso de una Estirpe*, 1989; *El Pensamiento Liberal Venezolano del siglo XIX*, 1992; *Antonio Guzmán Blanco y su época*, 1994 y *Antonio José de Sucre. Biografía Política*, 1998; *La conjura de los mantuanos*, 2002; *El último Marques*, 2005 y *Francisco de Miranda*, 2006), pasando por su interés en los viajeros en el siglo XIX venezolano (*Mirar tras la Ventana (Testimonio de un viajero y legendario sobre mujeres del siglo XIX)*, 1998), hasta llegar a su última indagación donde el papel de las mujeres es fundamental para conocer más y mejor en la historia venezolana (*La criolla principal*, 2003 y *La palabra ignorada*, 2004).

Este nuevo trabajo de Quintero está estructurado en cuatro partes. En la primera, presenta el régimen esclavista y todas las luchas que tenían

que emprender las mujeres esclavas para conseguir su libertad y la de sus hijas. De manera sencilla, expone varias situaciones de mujeres: la de María García de Tovar, esclava que trabajaría duro para liberarse primero y, luego, otros cuatro años más para conseguir la libertad de su hija María Eugenia; la de María Ignacia Padrón y su anhelo de darle la libertad a su hija Agustina. En esta situación de vida, Quintero relata que María Ignacia no pudo lograr la libertad de su hija por no tener el dinero suficiente y encontrarse fugitiva de los amos. Finalmente, está la historia de María de la Soledad Prieto, esclava de Reverón, quien fue comprada por éste y utilizada sexualmente. Al salir embarazada y morir su hijo a los pocos días, la madre de Reverón y el yerno hacen la denuncia y se produce un escándalo que produce grandes enfrentamientos. Desde estas historias, la autora presenta un esbozo de la situación política, cultural y jurídica en la colonia proyectando una dinámica social generada por los conflictos de esclavas mediante su condición en diferentes circunstancias de vida. Bajo este recurso, reconstruye un modelo de historia, partiendo de un colectivo micro donde se hace evidente la interacción y funcionamientos de los entes políticos. Destaca los derechos que podían tener las esclavas, incluyendo la circunstancia de los oprimidos, partiendo del análisis y significado de su opresión. La autora toma como punto de partida el testimonio de estas protagonistas sin un contexto bélico. El relato muestra, al contrario, un espacio de defensa de sus derechos a través de las instituciones, exponiendo las voces dormidas de la esclavitud y destacando los conflictos entre los amos y esclavos, manifestando el alzamiento de los mismos en un estilo accesible al lector.

La segunda parte de este texto ofrece una visión del maltrato de la mujer por su marido. Allí refleja las relaciones interpersonales de parejas, la amistad y el sagrado vínculo del matrimonio. Desde esos espacios cotidianos refleja la dinámica social desde los diversos testimonios de mujeres maltratadas, por ejemplo, en situación de adulterio y cómo se concebía para la época. Desde esta indagación, plantea una realidad en la opresión patriarcal desde los patrones matrimoniales, donde las relaciones sociales y la sexualidad tipificaban a la mujer como un objeto para satisfacer las necesidades de sus esposos.

La tercera parte presenta el panorama de la primera mujer de José Antonio Páez: Dominga Ortiz. Con su testimonio se refleja el significado de haber sido esposa de un héroe de independencia y caudillo en su

tiempo de actuación política, militar y social. En esta sección destaca la otra parte del hombre en familia y sus relaciones como esposo. En esta parte se realiza una importante recopilación de cartas y documentos de esta pareja donde se señalan sus testimonios vistos a través de su primera esposa. Víctima de engaños, adulterios y maltratos, Dominga Ortiz fue testigo en un escenario político y guerras marcado por el entorno de lucha de independencia. En este segmento, Quintero presenta claramente la historia de un personaje ilustre del país mediante el testimonio de su familia no solamente en contexto de guerras sino en todas las actuaciones políticas, hasta su muerte. Señala la autora que esta figura femenina fue clave en los albores de la independencia y que tuvo una actuación política en el país oculta y poco explorada.

La cuarta parte es la vida de una pareja de opulenta y de abolengo: Antonio Guzmán Blanco y Ana Teresa de Guzmán Blanco. En esta sección se destaca la vida de esta pareja y todo las experiencias vividas por Ana Teresa desde ausencias, engaños hasta las recomendaciones y regalos de Guzmán para mantenerla bella porque la misma era reflejo de su gran egolatría. Curiosamente, más que una esposa, Ana Teresa se convertiría en su segunda madre. En esta parte destaca también las angustias y acciones de Ana Teresa en todo el escenario político en que estaba envuelto Guzmán, especialmente en lo que significaba ser una primera dama de un presidente del estilo y pensamientos de éste y que lo acompañaría hasta los últimos días de su muerte. En esta sección, la autora destaca esa vida familiar y de pareja con un estilo netamente feminista, donde la esposa tiene gran influencia y decisiones en los aspectos políticos y sociales en el que estaba comprometido su esposo.

En este libro se evidencia la vida de mujeres en escenarios distintos con roles diferentes; desde las que emprenden una lucha por lograr su libertad y son víctimas de opresión, con una gallardía para defender sus derechos ante las instancias pertinentes, hasta las que pertenecían a una clase social distinta, incluidas en un escenario político de lucha por privilegios. Estas historias tratan de construir la historia en un momento determinado con la participación de la mujer en una vida que gira alrededor de una figura patriarcal. Con una intención por incluir a la mujer en la historia, la obra es una crítica a las perspectivas masculinas que han imperado, construcciones y situaciones elaboradas bajo enfoques masculinos donde los hombres han

sido los héroes y se ha obviado la participación de la mujer como un testigo de igual importancia. Este enfoque es, sin duda, un incentivo y tema de reflexión a las nuevas investigaciones del quehacer historiográfico nacional porque invita a pensar en nuevas propuestas innovadoras de trabajo que impliquen temas más incluyentes como género y familia para reconstruir procesos sociales desde ángulos más amplios que trasciendan aspectos ya repetidos de lo político, económico y bélico.

El trabajo de Quintero es novedoso desde las perspectivas historiográficas bajo el enfoque de la historia desde abajo. Mediante los testimonios de ochos mujeres de diversas condiciones sociales y circunstancias, una historiadora descubre sus huellas en la historia, sus voces convirtiéndose en personajes históricos, partícipes ocultos de la época en la formación de la institucionalidad venezolana. Podemos considerar que uno de los aspectos más novedosos de los que se vale la autora, es proyectar las dinámicas e interacción de la sociedad venezolana en todo su proceso de formación republicana. Apartándose de formas más tradicionales de historia, de lo macro baja a lo micro. Con el uso de testimonios cercanos al sujeto, como las esclavas o las primera damas, proyecta los procesos históricos y ofrece, casi de manera didáctica, recursos de aprendizaje para las futuras generaciones que se están formando para el quehacer histórico. Una pregunta queda hecha: ¿cómo se puede contar una historia desde testimonios de personajes que no fueron héroes ni heroínas sino, al contrario, de diferentes niveles y estratos sociales. Con una sugestiva atención en historia tradicional presidencialista y personalista, Quintero destaca la figura de la mujer como protagonista en la historia.

Si un trabajo refleja compromiso, éste de Quintero lo muestra ampliamente. Sin duda alguna, un reto tienen las generaciones de historiadores ante los nuevos enfoques y perspectivas historiográficas que se abren. El oficio proporciona un espacio de reflexión para recuperar aquellas voces y testimonios que le pueden dar a la historia un carácter de originalidad. Es el momento de historiar a todos aquellos sepultados por la gloria de los héroes.

Esta obra se presenta en dos partes fundamentales: la primera consiste en el escrito que del Libertador Simón Bolívar hiciera, a mediados del siglo XIX, el reconocido teórico social Carlos Marx como parte de su colaboración a una publicación de la época. El mismo fue un artículo publicado en el volumen III de la *Enciclopedia The New American Cyclopedia* editada por Charles Dana en 1858, que pretendía dar cuenta no sólo de Simón Bolívar como personaje, sino además de los sucesos independentistas en Hispanoamérica.

En su texto, Marx hace un intento de biografía del líder político comenzando por una breve reseña de los aspectos de su vida personal y pasando rápidamente a describir su participación en el proceso de la Independencia, detallando algunos episodios de la guerra y algunos encuentros con otros personajes históricos.

En la segunda parte del libro los historiadores Inés Quintero y Vladimir Acosta realizan un análisis histórico del escrito de Marx, desde el punto de vista de las fuentes, del contexto político y social de la época en que fue publicado, hasta llegar a una comparación con la Venezuela actual.

Por su parte, Quintero no duda al señalar que el texto escrito por Marx sobre Bolívar está totalmente sesgado por su ideología y por su poco conocimiento de la situación de la independencia latinoamericana. Razón por la cual, según la autora, Marx concibe a Bolívar como un oligarca, ansioso del poder que le otorgaba la guerra, lo que lo asemejaba a un dictador de espaldas al pueblo.

La autora hace un recuento historiográfico desde principios del siglo XX hasta la actualidad, época que divide en dos grandes bloques: "*Bolívar Dictador*" y "*Simón Bolívar Revolucionario*". En la primera nos acerca a autores como Aníbal Ponce, miembro del Partido Comunista argentino, quien en 1936 rescata, traduce y publica por primera vez el texto de Marx en el primer número de la *Revista Dialéctica*, donde además realiza una crítica a Bolívar como personaje histórico demostrando desacuerdo con su actuación como político y acusándolo, al igual que Marx, de ser un déspota aristócrata disfrazado tras la propuesta de República.

Igualmente, hace referencia al autor venezolano Vallenilla Lanz, quien en dos de sus obras fundamentales: *Gendarme Necesario* (1911) y *Cesarismo Democrático* (1919), llega a las mismas conclusiones, aunque años antes que Aponte pero con la diferencia que no niega la importancia que tiene Simón Bolívar como personaje histórico y líder político no sólo de Venezuela sino en América Latina, tanto así que la imagen de Bolívar ha sido infaltable en los discursos de los gobiernos y en la memoria del colectivo.

En la parte final de su análisis, Quintero presenta una serie de autores de izquierda desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad, que han trabajado el tema de Bolívar, a saber los cubanos Julio Antonio Mella y Francisco Pividal, el peruano José Carlos Mariátegui, el colombiano Gilberto Vieira, los venezolanos Carlos Irazábal y Carrera Damas, y el soviético Anatoli Shulgovki, quienes afirman que el tratamiento dado por autores anteriores ha sido una mala interpretación de sus acciones y de la historia como tal, pues a su parecer, los intereses de Bolívar respondían al pueblo oprimido por el dominio español, es decir, estos autores, en sus obras, intentan reivindicar la figura de Bolívar, respecto al escrito de Marx.

Seguidamente, Vladimir Acosta se enfoca principalmente en las fuentes utilizadas por Marx, para escribir el texto de Bolívar, y afirma que al desconocer la realidad hispanoamericana Marx se deja influenciar por fuentes sesgadas, debido a la prisa por publicar el texto en la Enciclopedia a la cual estaba destinado, puesto que además necesitaba el dinero, y aunado a eso, su fuerte carga ideológica lo aleja de la objetividad propia de un teórico de su categoría e incluso de la categoría de la propia Enciclopedia, ya que, para Acosta, debido al contexto histórico, el escrito de Marx debe considerarse como un panfleto político, escrito de manera casi intencional. Al concluir su análisis, el autor hace énfasis en que Marx y Bolívar son dos grandes hombres y pensadores, referencia obligada, desde su visión de izquierda, de la Venezuela actual. Finalmente se presenta, a manera de anexo, la reproducción, en inglés, del artículo de Carlos Marx publicado en *The New American Cyclopedia*.

Las principales consideraciones críticas a este texto de Quintero y Acosta, son en primer lugar que Carlos Marx no hace un buen tratamiento de las fuentes, puesto que sólo mira una parte de la historia: la de los adversarios de Bolívar. Además no conoce, en efecto, la realidad hispanoamericana de la época y su interés por conocerla tampoco es real, pues su principal



intención era cumplir con la entrega de un trabajo, que en esa oportunidad trataba sobre Simón Bolívar y quien visto desde su posición era totalmente contrario a su ideología. Esto debido a que Bolívar, por su origen elitesco, le recordaba a Napoleón y a su odio contra él.

Sin duda alguna, el libro y los dos autores que analizan este texto de Marx, son el reflejo de la división política que actualmente vive Venezuela. Inés Quintero apunta a una reflexión historiográfica de las dos etapas del culto a Bolívar, la de dictador y la de revolucionario, lo que no significa que no deje ver abiertamente su posición liberal al mantener una línea de crítica hacia la producción intelectual de los pensadores de izquierda latinoamericanos, lo que, sin embargo, pretende disimular con la intención de presentar un análisis aparentemente objetivo, tratando de mostrar al lector que ha habido una falsa crítica de la utilización de Bolívar por parte de los gobiernos venezolanos para justificar hechos ocurridos durante sus períodos de gobierno, a sabiendas que esto sucede, en muchas ocasiones, porque los líderes, en el caso venezolano, carecen de discurso propio teniendo como base las palabras y pensamientos de Bolívar.

Es importante mencionar que una persona que pertenezca a la Academia Venezolana de la Historia difícilmente podría estar de acuerdo con el uso socialista o revolucionario que le ha dado la izquierda al libertador, sino por el contrario, se presenta como una exponente de la historia oficial que sólo habla de las perfecciones de Bolívar colocándolo como un héroe, sin detenerse en que se trata de un hombre con defectos y virtudes como cualquier ser humano. Esta es la más grade evidencia de cómo esta historiadora critica de manera, si se quiere, subjetiva la forma en que se ha tratado este artículo escrito por Marx, haciendo evidente, sin duda alguna, su formación e intereses intelectuales.

Por su parte, Vladimir Acosta hace un tratamiento más bien desde el punto de vista político, criticando el uso que del texto de Marx ha hecho la derecha latinoamericana para desprestigiar a Bolívar a través del tiempo hasta nuestros días. Este historiador tiene una fuerte carga ideológica que se ve reflejada a través de la forma en que escribe, pretendiendo demostrar al lector la mala utilización de los escritos del Libertador, hecha por la derecha para desprestigiar a la corriente de izquierda a la cual pertenece este autor. Para ello hace comparaciones de sucesos de esa época con el presente, teniendo como resultado la traspelación indebida de la historia

devenida en criterios sesgados y carentes de objetividad que debería tener como representante de la disciplina histórica y, sobre todo, por la ética profesional que a veces se ve en tela de juicio debido a la forma en que se aborda un tema sin una imparcial consideración de los hechos.

Es importante destacar que estas posturas contrarias de los autores son justamente lo que se busca en esta obra, es decir, la idea de la editorial al publicar el libro es ofrecer una mirada a la polémica, no sólo respecto a Bolívar, sino del país como tal, pues los dos autores hacen reflexiones muy actuales sobre el gobierno de turno, lo que convierte a este libro en sinónimo de ventas.

Para finalizar, se observa que ambos autores han incurrido en la subjetividad, guiados por sus intereses ideológicos. Es comprensible que esto suceda puesto que el tema del culto a Bolívar ha generado una gran polémica a través del tiempo y aún continua haciéndolo. Lo que se espera es que cada día exista entre los historiadores más tolerancia, que las posiciones políticas no oscurezcan la mirada crítica del investigador, que se respete el oficio y se exponga dignamente, lo que sin duda alguna es un largo, pero necesario, camino por recorrer.

SÁEZ MÉRIDA, Simón. *La otra historia de A.D.* 2007. Caracas: Universidad Central de Venezuela, FACES. Por Fabio González Briceño

Este trabajo publicado por la escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela, es un homenaje póstumo a la figura del profesor Simón Sáez Mérida, activista político de los años 40, 50, 60 y 70 del siglo XX venezolano. El libro está conformado por una serie de escritos inéditos que pretendía publicarlos en alguna ocasión.

Quienes conocieron a Sáez Mérida darán fe de su lenguaje, estilo e incluso del humor en su característica prosa. Conocido como docente de educación media, universitaria y como político, se puede decir que la lectura de esta memoria tiene una continuidad y el estilo de su autor. Como borrador tiene algunos problemas de redacción y no se descarta la posibilidad de que quienes estuvieron en la tarea de dar publicación a estos escritos modificaran algún planteamiento.

El libro es un testimonio de su participación en la vida política nacional como miembro de AD y de la Izquierda venezolana. Su narración de los sucesos es sencilla, de lectura agradable y con un lenguaje profesional. En especial, destacan las temáticas sobre la vida de sus compañeros que, sin duda, aportan sobre la historia política nacional de los años sesenta y setenta del siglo XX. La pasión política que Sáenz Mérida imprime en su relato, influye en la visión sobre los hechos y sucesos particulares del quehacer político. Después de relatar sobre el fenómeno y su participación, de exponer un proceso político complejo y dejar en claro su conducta como militante de AD y del MIR, analiza sus diferentes aspectos, para ofrecerle al lector su interpretación como protagonista de los hechos. Una de estas visiones es el comentario sobre la situación en las cárceles venezolanas y los perseguidos políticos de la dictadura de Pérez Jiménez <sup>1</sup>.

La política de AD y el establecimiento del Pacto de Punto Fijo fueron, seguramente, el detonante que aceleró la división del partido en todos sus sectores, siendo la juventud y el aparato del partido los niveles que aglutinaron la mayoría de los nuevos militantes. En 1960 nació el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) como un partido de izquierda, con una política de masas y aglutinado en torno a un periódico: Izquierda.

En esta obra póstuma, la vida de Sáenz Mérida se presenta a través de tres fases. La primera, identificándose como un luchador local, en su tierra natal Maturín. Luego, la de sus actividades en los diferentes centros regionales donde le tocaría militar como miembro de Acción Democrática: Anzoátegui y el Zulia. Precisamente allí se desarrollaron los sucesos correspondientes a las elecciones presidenciales de 1952. Y, finalmente, al convertirse en el Secretario General, en la clandestinidad, del principal partido opositor del régimen perejimenista. Sus acciones trascenderían, hasta convertirse en una de las máximas figuras del Partido. Convertido en una figura fundamental dentro de Acción Democrática y sobre todo, después del 23 de enero de 1958, encauzó las luchas dentro del partido de la izquierda y su crítica frontal al llamado betancourismo. En esta época condujo a un sector de esa organización en el proceso de división que dio origen a una organización distinta: el denominado Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

---

1 SÁENZ MÉRIDA, 2007. pp. 68-69.

Cuando era liceísta, durante el período de Medina Angarita, Sáenz Mérida relata su participación en el ámbito monaguense como simpatizante del PDN y luego de AD. En este tiempo conoció a Silvestre Ortiz Bucarán, figura de gran influencia en su juventud "...lo conocimos en Maturín en el curso del año 1940. Ambos estudiábamos en la Escuela Federal Monagas y vivíamos en dos esquinas paralelas..."<sup>2</sup>. Al parecer, fueron amigos de toda la vida; no obstante, en esta obra ese personaje tiene continuidad hasta 1960 cuando se dividió AD. Esto significa que sus actividades posteriores en la vida política nacional no hay ningún tipo de comentario, aparece nuevamente cuando renuncia como Juez al Tribunal Superior de Salvaguarda a fines de los ochenta. Estos aportes a la biografía de un dirigente de Monagas que trascendió por su militancia política, como miembro de AD, de la Junta Patriótica en 1958, del MIR, y Juez del Tribunal Superior de Salvaguarda son quizás los aspectos de donde toma las características fundamentales para dar un perfil ético.

De su amigo, relata la lucha contra la corrupción administrativa y estar alejado de las tentaciones que podían tener quienes conformaban el poder en un momento dado, de obtener privilegios o de enriquecerse con los fondos públicos.

El aspecto regional de ambos se hace para resaltar los valores de Ortiz Bucarán, se observa cuando afirma que en el estado Monagas "...nacía un verdadero luchador social que se mantuvo hasta la muerte. Ni inmensas ni pequeñas dificultades ni los halagos de una sociedad cada vez más hedonista lo sacaron del compromiso ético e histórico<sup>3</sup>." Finalmente deja en claro la actitud ética del personaje, luchador contra la corrupción administrativa, casos Blanca Ibáñez, Recadi, Jeep, entre otros. La semblanza final que hiciera de este juez, reflejaba el ideal de lo que esperaba después de tanta confrontación política:

...estaba orgulloso de mi amigo y de mi hermano. Soñaba que desde ese cargo podía convertirse en la referencia ética que Venezuela, su sociedad y en particular los jóvenes, querían y necesitaban. No pudo hacer lo que quería, aunque lo intento con mucha fuerza, sin miras hacia atrás. Pero era una voluntad solitaria frente a un entorno podrido, poderoso y beligerante. Fracásó, pero salió del pantano sin embarrarse, sin una mácula, orgulloso de su vida y de su dura y difícil travesía humana. Y aunque no pudo

2 SÁEZ MÉRIDA, 2007, p.30.

3 SÁEZ MÉRIDA, 2007, p.36.

hacer lo que soñó y quiso, será siempre una referencia moral para todos los luchadores sociales en Venezuela<sup>4</sup>.

Este emotivo testimonio, es una ventana más para mirar el trágico, traumático y complejo proceso de lo que ha sido la política venezolana del siglo XX. Sin duda, su lectura será de gran interés.

TROCONIS DE VERACOCHEA, Ermila. *Orígenes de la pobreza en Venezuela*. 2002. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Por Daniel J. Sánchez Silva

Ermila Troconis de Veracochea es Doctora en Ciencias (mención Historia), título Obtenido en la Universidad Central de Venezuela en 1975 y licenciada en historia de la misma universidad en 1966. Es profesora titular (jubilada) de esa universidad e Individuo de Numero de la Academia Nacional de Historia de Venezuela, además miembro correspondiente extranjero de distintas academias de historia latinoamericanas.

Su producción ha sido prolija: entre ellas figuran: *Documentos para el estudio de los esclavos negros en Venezuela*; *Los Censos en la Iglesia Colonial Venezolana*; *Historia de las Cárceles en Venezuela*; *El proceso de la Inmigración en Venezuela*; *Indias, Esclavas, Mantuanas y Primeras Damas; Gobernadoras, Cimarronas, Conspiradoras y Barraganas, Las Obras Pías en la Iglesia Católica Venezolana, Historia del Tocuyo Colonial, El proceso de la Inmigración en Venezuela*, así como numerosos artículos en boletines y revistas especializadas. Por la evidencia de su obra, esta historiadora se ha dedicado al estudio de las diferentes etapas de nuestro pasado, con especial énfasis en la época colonial y temas referidos a mujer, familia y sociedad.

En las 200 páginas de su libro *Orígenes de la pobreza en Venezuela*, Troconis nos muestra los orígenes de esta condición social desde la remota época colonial hasta la guerra federal, con los énfasis en su interés principal: la situación de la mujer en cada uno de esos lapsos. Con el uso de una documentación muy precisa sobre la conquista y posterior colonización de Venezuela, Troconis nos hace una ilustración de la situación del país basada en tipos específicos de expedientes. Dividido en capítulos, el primero

---

4 SÁEZ MÉRIDA, 2007, p.27

remite a los *Primeros Contactos* donde relata las primeras relaciones entre los indígenas y los conquistadores. Los siguientes capítulos, constituyen un análisis cronológico de la conquista desde el punto de vista sociológico e histórico y plantea la forma en que la corona española permitió que se despojara a los indios de sus tierras, se les empleara a la servidumbre y de qué manera la riqueza de nuestra tierra era exportada hacia España.

Un capítulo especial es *Iglesia y la Pobreza*. Allí, la autora resalta el papel que jugó este organismo al reconocer la situación de pobreza de esta tierra y las instituciones creadas para la ayuda de la ciudadanía y los indígenas. Instituciones como Beneficencia, Dotes, Conventos, Colegios, Hospitales, Obras Pías, Hospicios, Expósitos y Cárceles, son analizados ampliamente. En este capítulo vemos el peso específico que tenía la iglesia sobre la sociedad y el gobierno, al crear y obligar a financiar estas obras a favor de los más necesitados. Los donativos tenían como fin principal, salvar el alma del donante y sus familiares.

Los siguientes capítulos remiten al marco legal de la pobreza en este periodo y analiza la prisión por deudas, robo por pobreza, la justicia de los pobres y hasta la pena de muerte. También se habla sobre la “información de pobreza” que era un documento que los eximia de pagar costa ante los tribunales y en muchos casos los acreditaba para solicitar los servicios de un defensor de los pobres.

En los siguientes capítulos analiza la pobreza durante la guerra de independencia, las clases sociales, los mantuanos ricos y hacendados, los esclavos, los pobres y los indígenas. También sobre el terremoto de 1812, los impuestos de guerra que imponían tanto los patriotas como los realistas. La política de Secuestro instaurada por Monteverde y luego aplicada por ambos bandos, trajo la ruina y miseria de las plantaciones que acrecentó la pobreza. El capítulo final se refiere a la Venezuela de la post-guerra en un país arruinado, lleno de viudas y huérfanos en donde se acentuó la pobreza y los conflictos sociales; la inseguridad era tal que las personas no se atrevían a transitar los caminos sin una escolta armada. Seguidamente concluye con la guerra federal, la cual trajo más ruina y pobreza a nuestro país, las consecuencias del caudillismo y que realmente la victoria de la federación no trajo ningún cambio importante a las políticas de pobreza en Venezuela.

El análisis que se realiza sobre el origen de la pobreza en Venezuela es a través de fuentes primarias: los manuscritos que se encuentran en la Academia Nacional de la Historia, en el Archivo Arzobispal, Archivo General de la Nación, documentos del Consejo Municipal del Distrito Federal, constituyen en la obra de Troconis de Veracoechea, su alimento principal. etc. Como herramienta para otras investigaciones, la autora ofrece al lector un índice onomástico y un índice geográfico. Troconis concluye que la pobreza siempre ha sido y será una constante en la sociedad (conquista, Colonia, republica y período actual) debido a la injusta e histórica distribución de lo que ha sido la riqueza en Venezuela. Fascinante y muy documentado, este libro nos da una visión de los principios de la pobreza en Venezuela que nos sorprenderá y nos instruirá sobre las diferentes causas de este mal que aun sufrimos en nuestra nación.